

Primera charla pública

¿Podemos descubrir algo
que es inmensurable?

Es importante establecer una relación adecuada entre ustedes y yo, ya que pueden tener la impresión errónea de que voy a hablarles de una filosofía complicada, de que propongo un sistema de pensamiento filosófico particular de la India, o de que tengo ideas peculiares que quiero que acepten. Así pues, creo que debemos empezar por establecer una relación de comprensión mutua.

No estoy hablando como indio, ni tampoco creo que alguna filosofía o religión concreta pueda solucionar nuestros problemas humanos. No se puede comprender o resolver ningún problema humano mediante una forma de pensar especial o algún dogma o creencia. Aunque sea originario de la India, allí tienen esencialmente los mismos problemas que ustedes tienen aquí. Somos seres humanos, no alemanes o indios, ingleses o rusos. Somos seres humanos que vivimos en una sociedad muy compleja con innumerables problemas —económicos, sociales y, sobre todo, creo, religiosos—. Si conseguimos comprender el problema religioso, tal vez seamos

capaces de resolver los contradictorios problemas nacionales, económicos y sociales.

Para comprender el complejo problema de la religión, creo que es fundamental no aferrarse a una idea o creencia particular, sino escuchar con una mente libre de prejuicios, de modo que seamos capaces de considerar el problema juntos. Está claro que tenemos que abordar todos nuestros problemas humanos con claridad, directamente, sin rodeos, y con comprensión.

Nuestras mentes han sido condicionadas desde la infancia para pensar de una determinada forma; nos educan, nos crían conforme a un patrón de pensamiento fijo. Estamos ligados a la tradición. Tenemos valores particulares, opiniones fijas y creencias incuestionables, y vivimos de acuerdo con ese patrón, o al menos eso intentamos. Creo que ahí radica el problema, porque la vida es un continuo movimiento, ¿no es cierto? La vida es algo vivo, lleno de grandes cambios; nunca permanece igual. Y nuestros problemas tampoco son siempre los mismos, cambian continuamente. Sin embargo, afrontamos la vida con una mente fija, dogmática. Tenemos ideas fijas y opiniones predeterminadas. Así que, para la mayoría de nosotros, la vida acaba siendo un conjunto de problemas complejos y aparentemente insolubles, e invariablemente acudimos a otros para que nos guíen, nos ayuden, nos muestren el camino correcto.

Aquí, es importante señalar que yo no hago nada de todo esto. Lo que vamos a hacer, si ustedes quieren, es considerar el problema juntos. Al fin y al cabo, es su vida, y para compren-

derla, es evidente que tienen que comprenderse a sí mismos. Y comprenderse a sí mismo no depende de las indicaciones de otro.

Así pues, me parece que si somos realmente serios, y si queremos comprender los numerosos problemas del mundo actual —el nacionalismo, las guerras, el odio, las divisiones raciales y las que causan las religiones organizadas—, si queremos comprender todo esto y eliminar el conflicto entre seres humanos, es urgente que nos comprendamos primero a nosotros mismos, porque proyectamos lo que somos. Este es un hecho obvio. Si soy nacionalista, contribuyo a la creación de una sociedad dividida: es una de las semillas, una de las causas de la guerra. Por eso, es evidente que tenemos que comprendernos a nosotros mismos, y esto, creo, es lo más importante de nuestras vidas.

La religión no consiste en un conjunto de dogmas, creencias, o ritos. Creo que es mucho más, va mucho más allá de todo eso. Por tanto, es imprescindible comprender por qué la mente se aferra a una religión o creencia concreta, a un dogma concreto. Solo cuando comprendemos y liberamos a la mente de las creencias, los dogmas y los temores, se abre la posibilidad de descubrir si existe una realidad, si existe Dios. Pero limitarnos a creer, o a seguir a alguien, es una absoluta insensatez.

Para entendernos, deben darse cuenta de que no estoy hablando a un grupo, a un grupo de alemanes, sino que me dirijo a cada uno de ustedes, como seres humanos individuales, porque el problema del individuo es el problema del mundo. Lo

que somos como individuos es lo que crea la sociedad, y esa es la relación entre nosotros y los demás. Estoy hablando –y, por favor, piensen que es así– de un individuo a otro, para que juntos podamos comprender los numerosos problemas que se nos presentan. No me estoy estableciendo como autoridad para decirles qué tienen que hacer, porque no creo en la autoridad en asuntos espirituales. Toda autoridad es maligna, y todo sentido de autoridad debe cesar, sobre todo si queremos descubrir qué es Dios, qué es la verdad, y si hay algo más allá de la simple medida de la mente. Por eso es muy importante que el individuo se comprenda a sí mismo.

Sé que me harán la pregunta de rigor: Si no se ejerce ninguna clase de autoridad, ¿no habrá anarquía? Por supuesto que puede haberla. Pero ¿crea orden la autoridad? ¿O solo nos convierte en ciegos seguidores de otros, lo cual no tiene ningún sentido y conduce a la destrucción, a la desdicha? Sin embargo, si empezamos a comprendernos a nosotros mismos –lo cual es un proceso muy complejo–, también empezaremos a comprender la anatomía de la autoridad. Así, seremos capaces de descubrir, como individuos, lo que es verdadero; podremos descubrir y experimentar por nosotros mismos algo que se encuentra más allá de la simple intelección, más allá de las afirmaciones astutas de la mente, sin la presión impuesta por la sociedad, sin la autoridad de ninguna religión ni de ninguna persona, por muy famosa que sea, sin la influencia de nadie.

Quiero que quede muy claro que no estoy hablando como un indio con una filosofía particular, tampoco estoy aquí para

convencerles de nada. Estoy preguntando, de individuo a individuo, si es posible descubrir qué es verdadero, qué es Dios –si es que existe–. Me parece que hay que empezar por comprenderse uno mismo. Y para comprenderse, deben saber primero cómo son realmente, no cómo piensan que deberían ser –lo cual es una falacia ideológica–. Después de todo, si quiero conocerme a mí mismo, tengo que ver exactamente cómo soy, no cómo creo que tendría que ser. El «tener que ser» es una forma de ilusión; es escapar de lo que uno es.

Lo que nos ocupa –como individuos, no como grupo– es descubrir lo que está más allá de las creencias y teorías, más allá de las esperanzas románticas y los edictos intelectuales de las diversas religiones organizadas. Estamos tratando de experimentar directamente, por nosotros mismos, si existe tal cosa como la realidad, algo más allá de las simples proyecciones de la mente, que es lo que son la mayoría de las religiones, por mucho que nos agraden y nos reconforten. ¿Puede la mente descubrir, experimentar directamente? Porque la experiencia directa es lo único que tiene validez. ¿Podemos, ustedes y yo, como individuos que estamos investigando ahora esta cuestión, descubrir o experimentar algo inmensurable? Porque experimentar eso –si es real, si no se trata de una mera ilusión, una visión, o una fantasía pasajera– tiene una importancia extraordinaria en la vida. Una experiencia así transforma la vida, y de ella surge una moral que no es mera respetabilidad social.

Por tanto, ¿es posible que ustedes que me están escuchando experimenten aquello que es inmensurable? Tan solo decir

que sí, o que no, no tiene sentido. Todo lo que podemos hacer es descubrir si la mente es capaz de experimentar algo que no sea una proyección de sus propias demandas. Esto realmente significa: ¿puede usted, el individuo, liberarse de todo su condicionamiento? ¿Puede dejar por completo de ser cristiano creyente, puede dejar sus fórmulas e ideales? Al fin y al cabo, a cada uno se le educa en una tradición concreta, y su Dios es el Dios de esa tradición. Por supuesto, eso no es la realidad; no es más que una repetición de lo que le han dicho. Para descubrir si existe una realidad, uno debe liberarse de la tradición en que se ha criado, y eso es extraordinariamente difícil de hacer. Pero solo entonces es posible ir más allá de la simple medida de la mente y experimentar algo que es inmensurable. Si no experimentamos eso, la vida es muy vacía, trivial, enclaustrada, sin mucho sentido.

¿Cómo se supone que debe abordar esta cuestión alguien serio? Porque sin la fragancia, sin el perfume de esa realidad, la vida es muy superficial, materialista, miserable, con tensión constante, y continuos esfuerzos, dolor y sufrimiento. Así, una persona seria debe preguntarse: ¿puedo experimentar algo que no sea un mero deseo o un concepto intelectual que procura cierta satisfacción, sino algo totalmente nuevo, más allá de las elaboraciones de la mente? Y, si es posible, ¿qué tenemos que hacer? ¿Cómo tenemos que abordarlo?

Creo que solo hay una forma de abordar este problema: hasta que uno no se conozca a sí mismo, hasta que no conozca todo el contenido de su mente, tanto la inconsciente como la

consciente, con todos sus intrincados mecanismos, hasta que no tome conciencia de todo esto, hasta que no sea plenamente consciente de ello, no puede ir más allá. ¿Puedo conocerme a mí mismo de esta manera? ¿Puedo conocerme a mí mismo como un todo –todos los motivos, los impulsos, las imposiciones, los miedos–, y no solo unas cuantas reacciones y respuestas de la mente consciente? ¿Y me puede ayudar alguien o debo hacerlo solo? Porque, si busco la ayuda de otro, me vuelvo dependiente, es decir, que el otro se convierte en mi autoridad; y, conocerse a sí mismo a través de la autoridad de otro, no es conocerse en absoluto. Y la simple lectura de libros de psicología tiene muy poca importancia, porque solo puedo conocerme a mí mismo cuando observo mi vida cada día, cuando me veo en el espejo de la relación con los demás. Observarme a mí mismo en ese espejo no es solo ser introspectivo u objetivo, sino estar constantemente atento, consciente de lo que sucede en la mente, en mí mismo.

Encontrarán que es extraordinariamente difícil verse en el espejo de la relación sin condenar lo que ven, y, si lo hacen, significa que no lo comprenden. Para comprender una cosa tal como es, la condena, el juicio, la evaluación deben desaparecer, lo cual es extremadamente difícil, ya que nos han entrenado, nos han educado para condenar, rechazar, aprobar, negar.

Y esto solo es el principio, un principio muy superficial. Pero hay que pasar por ahí. Es necesario comprender cómo actúa la mente, no solo de forma intelectual o verbal, sino mientras vivimos, cada día, observándose a uno mismo en ese

espejo de la relación. Uno tiene que experimentar lo que realmente sucede en la mente —examinarla, ser consciente de todo su contenido, sin negarlo, reprimirlo o ignorarlo—. Entonces, si llegan hasta aquí, y si son realmente serios, verán que la mente ya no proyecta ninguna imagen, ya no crea ningún mito, ninguna ilusión, sino que empieza a comprender la totalidad de su contenido, y por tanto se vuelve muy clara, sencilla, silenciosa.

Esto no es algo momentáneo, sino un vivir continuo, un incesante agudizar la mente. Y, en ese mismo proceso, la mente deja espontáneamente de ser como es. Entonces ya no crea imágenes, visiones, falacias, ilusiones. Solo entonces, cuando la mente está completamente quieta, en silencio, es posible experimentar algo que no pertenece a la mente. Pero eso no consiste en esforzarse un día, observar casualmente o asistir a una charla, sino que requiere de un lento madurar, investigar en profundidad, de una amplitud de perspectiva que sea mucho más grande y totalmente integrada, de modo que la mente que ahora está impulsada por muchas influencias y demandas, e inhibida por numerosos miedos, esté libre para investigar y experimentar.

Solo una mente así es verdaderamente religiosa, no la mente que cree o no cree en Dios, la que tiene innumerables creencias, la que se afilia, asiente, sigue o niega; una mente así nunca puede descubrir qué es la verdad. Por eso es muy importante que aquellos que son serios y que se preocupan por el bienestar de la humanidad descarten todas sus creencias y teorías vanas, sus asociaciones con organizaciones religiosas particulares, e investiguen en profundidad en su interior.

Porque, de hecho, la religión no es un dogma, no tiene nada que ver con las creencias; religión no significa ir a la iglesia o realizar ciertos rituales. Nada de eso es religión, eso no es más que la invención del ser humano para controlar a otros seres humanos. Y si uno quiere descubrir si existe una realidad más allá de las invenciones de la mente, debe dejar a un lado todo ese sinsentido, ese pensamiento infantil. Para la mayoría de las personas, es algo muy difícil de hacer, porque aferrarse a las creencias les procura seguridad, un poco de esperanza. Sin embargo, para descubrir la realidad, para experimentar algo más allá de la mente, esta debe soltar cualquier forma de seguridad y estar totalmente libre de todos sus refugios. Solo una mente así se purifica, y puede experimentar algo que está más allá de sí misma.

Me han pasado algunas preguntas e intentaré responder unas cuantas —o, más bien, trataremos de desenredar el problema juntos—. No hay una única respuesta a un problema, no hay soluciones aisladas. Si nos limitamos a buscar una solución para un problema, veremos que la búsqueda de solución crea otros problemas. Mientras que, si somos capaces de examinar el problema en sí, sin intentar encontrar una respuesta, descubriremos que la respuesta se encuentra en el problema. Así que es muy importante saber cómo abordar un problema. La mente que tiene un problema y busca una respuesta no puede investigar de ninguna forma el problema en sí, ya que solo se preocupa por la solución. Para comprender cualquier problema, debe dedicarle toda su atención, y eso no es posible si está buscando una solución, una respuesta.

* * *

Pregunta: Cargamos con los recuerdos de la última guerra y todo su horror. ¿Podemos liberar nuestras mentes del pasado y empezar de nuevo?

KRISHNAMURTI: El problema de la memoria es muy complejo, ¿no es cierto? Tenemos recuerdos agradables y desagradables. Queremos rechazar aquellos que son terriblemente desagradables y dolorosos, y mantener los agradables. Esto es lo que siempre intentamos hacer, ¿verdad? Los gratos recuerdos de nuestra juventud, las cosas interesantes que hemos leído, las experiencias estimulantes que hemos tenido: todo eso tiene importancia para nosotros, y queremos aferrarnos a ello; pero lo que es doloroso, triste, desagradable, irritante, lo rechazamos. Así que dividimos nuestros recuerdos en agradables y desagradables, y lo que más nos preocupa es cómo descartar los recuerdos desagradables y mantener vivos los agradables. Pero mientras dividamos la memoria en agradable y desagradable y queramos deshacernos de la desagradable, habrá conflicto, tanto en lo interno como en lo externo.

No sé si estoy siendo claro. La mente está llena de recuerdos, se compone de recuerdos. Usted no tiene mente sin memoria: los recuerdos de su pasado, de todas las cosas que ha aprendido, experimentado, vivido, sufrido. La mente es memoria, consciente o inconsciente. La memoria abarca lo agradable y lo desagradable, y nosotros queremos rechazar lo desagra-

dable; queremos mantener lo deseable y deshacernos de lo indeseable, por lo que siempre hay conflicto. Lo que debemos comprender no es cómo retener lo agradable y estar libres de los malos recuerdos, sino cómo eliminar el deseo de mantener algunos recuerdos y rechazar otros, lo cual crea conflicto. Lo importante es ser conscientes de ese conflicto y comprender por qué la mente acumula recuerdos y se aferra a ellos.

Es obvio que necesitamos la memoria para vivir en este mundo. Tengo que recordar cómo volver al lugar donde vivo, etcétera. Pero estos recuerdos no son un problema para nosotros. Para la mayoría de nosotros, el problema es cómo deshacernos de los recuerdos que son dolorosos, destructivos, pero conservando los que son significativos, útiles, agradables. Pero ¿por qué se aferra la mente a unos y trata de deshacerse de los otros? Por favor, escuche esto. Si no se aferra a los recuerdos agradables de inmediato, ¿qué es usted? Si no tuviera ningún recuerdo de lo placentero, ningún recuerdo esperanzador o agradable de las cosas para las que ha vivido, se sentiría poco humano, perdido, sentiría que no es nadie. La mente se aferra a sus recuerdos agradables porque sin ellos se siente sola, desesperada.

Así que no creo que el problema radique en cómo deshacerse de los recuerdos desagradables, de los horrores del pasado. Eso es bastante fácil. Si se empeña en borrar el pasado, eso es relativamente sencillo de hacer. Sin embargo, adentrarse en todo el problema de la memoria —no solo los recuerdos conscientes, sino también los más profundos, subyacentes, los que

guían nuestras vidas— es mucho más complejo, exige pensar e investigar en profundidad.

De hecho, el recuerdo que hace que uno se denomine a sí mismo alemán, cristiano o hindú es mucho más profundo que el recuerdo de la guerra y toda su crueldad; eso también forma parte de la memoria, ¿no es cierto? Y eso nos hace solidarios, alimenta el compañerismo, nos hace sentir igual o superior a los demás, nos procura cierto valor y muchas otras cosas. Pero ¿no tenemos que estar libres de este recuerdo también? ¿No debemos ser libres para investigar, para ir mucho más allá de la mera reacción a la memoria, que es un mecanismo que nos hace vivir en el pasado?

La memoria dificulta la realización de lo nuevo, de lo creativo, en la vida. La memoria solo es el pasado, y todo lo que nace de la memoria siempre es viejo, nunca es nuevo. Para descubrir algo totalmente nuevo, la mente debe estar extraordinariamente quieta, silenciosa; no puede estar activa, desear o reaccionar a los recuerdos.

* * *

Pregunta: Ya estamos hartos de la guerra. Queremos la paz. ¿Cómo podemos evitar una nueva guerra?

KRISHNAMURTI: La respuesta no es sencilla, porque son muchas las causas de la guerra. Mientras haya nacionalismo, mientras usted sea alemán, ruso o norteamericano, y se aferre

a la soberanía o a una nacionalidad exclusiva, la guerra está asegurada.

Mientras usted sea cristiano y yo hindú, o usted musulmán y yo budista, habrá guerra. Mientras usted sea ambicioso y quiera alcanzar lo más alto de la sociedad, mientras busque el logro y venere el éxito, usted mismo será una de las causas de la guerra.

Pero así es como nos educan. Nos entrenan para competir, tener éxito, ser ambiciosos, servir a un gobierno concreto, pertenecer a un país o religión en particular. Toda nuestra educación fomenta el espíritu competitivo y orienta la mente hacia la guerra. ¿Y podemos cambiar todo eso, como seres humanos individuales? ¿Podemos usted y yo, individualmente, dejar de ser ambiciosos, dejar de considerarnos alemanes o indios, dejar de pertenecer a una religión concreta, a un grupo o ideología particular –comunista, socialista o cualquier otra– y solo preocuparnos del bienestar humano?

Mientras nos aferremos a un grupo o a una ideología, mientras seamos ambiciosos y busquemos el éxito, habrá guerra. Quizá no sea una guerra de destrucción externa, pero habrá conflicto entre nosotros y dentro de nosotros mismos, lo cual es una forma de guerra. No creo que lo veamos; y cuando lo vemos, no somos serios al respecto. Queremos que algún acontecimiento milagroso detenga la guerra, mientras continuamos viviendo como lo hacemos ahora, en esta estructura social, ganando dinero, buscando posición, poder, prestigio, intentando ser famosos, y todo lo demás. Este es nuestro modelo, y, mientras exista este modelo en nuestras mentes y corazones, habrá guerra.

Al fin y al cabo, la guerra no es más que el reflejo catastrófico de nuestra vida diaria, y si no cambiamos nuestra vida diaria, ninguna ley, control o sanción podrá impedir la guerra. ¿Se encuentra la paz en nuestra mente y nuestro corazón, en nuestra forma de vivir, o es una simple regulación gubernamental, algo que se decide en las Naciones Unidas? Me temo que para la mayoría de nosotros, la paz es solo una cuestión de legislación, y no nos interesa tener paz en nuestras propias mentes y en nuestros corazones; por tanto, no puede haber paz en el mundo. No puede haber paz, ni interna ni externa, mientras sean ambiciosos, competitivos, mientras se consideren alemanes, indios, rusos o ingleses, mientras se esfuercen por ser alguien en este mundo loco. La paz solo llega cuando comprenden todo esto y dejan de buscar el éxito en una sociedad corrupta. Solo la mente pacífica, la mente que se comprende a sí misma, puede traer la paz al mundo.

5 de septiembre de 1956